

pués se durmió con sueño tan profundo, que se oía fuera el ruido de su respiración.

A eso de media noche, envió al puerto á uno de sus libertos para cerciorarse de que se habían embarcado todos y se hizo vendar la herida que se había hecho en la mano. Cuando los pájaros comenzaban á cantar volvió á dormirse, pero por poco tiempo, y por fin sacando la espada se la hundió por debajo del pecho.

La mano herida le impidió darse un golpe más seguro y luchando con su dolor hubo de caerse de la cama. Acudieron al golpe y vieron que las entrañas le salían del cuerpo y que miraba fijamente. La herida, sin embargo, no era mortal, y el médico la vendó. Pero cuando Catón recobró los sentidos, se arrancó el vendaje, se desgarró la herida con las manos y expiró.

Estoico Catón, ponía su conducta de acuerdo con su doctrina, practicando según los preceptos de la escuela «la salida racional», εὐλογος ἐξουότης. Él lo hizo simplemente, aunque el efecto resultara teatral, y privó al vencedor de su más noble conquista. «¡Oh Catón! exclamó César al saber tan triste fin; me has envidiado la gloria de salvarte la vida.» Sin embargo, cuando Marco Tulio, admirador de un valor que él no tenía, compuso el elogio del ilustre muerto, el dictador, que así manejaba la pluma como la espada, contestó á su elogio con el *Anti-Catón*, sátira ingeniosa y burlona en que representaba al rígido pretor pasando por el tamiz las cenizas de su hermano para separar de ellas el oro fundido en la hoguera fúnebre, ó cediendo su mujer, joven y bella, á Hortensio y recobrándola vieja

y fea, pero rica, después de la muerte del célebre orador.

Y, cosa singular, Catón tuvo contra sí á los dos Césares, el de los tiempos antiguos y el de los tiempos modernos. El uno entrega á las burlas de sus cortesanos la virtud demasiado rígida del último republicano; el otro, que tantas veces arrojó la muerte, sin que la muerte lo quisiera, lo acusa de haber abandonado su puesto. Poco más ó menos los dos tuvieron razón; pero nosotros amamos los sacrificios que acompañan á todo lo grande que perece. Catón y la república se van juntos; y la muerte del uno acaba dignamente los funerales de la otra.

La grande y verdadera república de los antiguos días, que había suscitado tantas virtudes de abnegación oscura y silenciosa, no existía ya de mucho tiempo atrás, y la falsa libertad por la cual moría Catón, no merecía, por cierto, este sacrificio. Pero él creía dar su vida por el derecho, y hay que honrar, aun cuando se extravió, el sentimiento del deber que lleva hasta la muerte.

Desde aquel día, el partido republicano tuvo su mártir, y la sangre de Catón le dió una virtud que le hizo sobrevivir mucho tiempo á su derrota y fué causa de las terribles tragedias que hemos de ver en los próximos tiempos del imperio. Catón no se mató solo: con su ejemplo y con la leyenda que se formó al rededor de su nombre, arrastró también al sepulcro á muchos hombres, que tuvieron con su corto espíritu, su fiera y fosca virtud. No importa; queda el primero de estos héroes de la vida civil que protestaron con su estoica muerte contra las inclemencias de la suerte ó la degradación de las almas.

CAPÍTULO LVIII

LA MONARQUÍA

I. — NUEVA PERMANENCIA DE CÉSAR EN ROMA (46). — TRIUNFOS, FIESTAS Y REFORMAS

Cuando Cayo Graco, refugiado en el templo de Diana en el Aventino, vió asesinados por los mercenarios de Opimio á todos los que lo habían seguido, «púsose de rodillas y tendiendo las manos hacia la diosa, le suplicó que castigara á los romanos por su ingratitude dándoles un amo.» No era ciertamente un pensamiento de venganza el que ocupaba entonces el espíritu del tribuno reformador y pacífico. Como suele suceder, según dicen, en el momento supremo, tuvo sin duda clara percepción del porvenir; vió que Roma

no podía salvarse, sino arrancándose de las manos de una minoría aristocrática, que rechazaba las más necesarias reformas, y sin derecho, sin forma de juicio siquiera, condenaba á muerte á los que las pedían.

En efecto, si para estudiar la historia de Roma desde los Gracos, se dejan á un lado las preocupaciones de escuela y las declamaciones de una retórica ignara, se ve claramente

(1) P. QVINCTII VARI ACHVLLA. Cabeza del prócnsul Vario. Moneda de bronce de Achilla, Achulla ó Acholla.



Moneda de Aquila (Achilla) (1)

que los romanos habían perdido su libertad en conquistar el mundo, y que la república, en otro tiempo la cosa de todos, había venido á ser propiedad de una oligarquía mezquina y celosa, que pretendía vivir en la opulencia y molicie á costa del universo.

Contra esta facción ávida é incapaz, acabaron por levantarse los jefes populares que reclamaban en favor del pueblo, de los aliados, de los súbditos. Fué la era de los ensayos de reformas; pero no habiendo prevalecido las reformas, se hizo inevitable la revolución; eterna historia de los gobiernos que cierran los ojos al porvenir. Entre nosotros, siendo la monarquía el pasado, que se quería destruir, la república la heredó naturalmente; en Roma, estando dirigido el movimiento insurreccional contra la aristocracia republicana, la monarquía debía sucederla. La lógica de la historia lo quería así, y esa lógica que es la de los acontecimientos y de los espíritus, acaba siempre por tener razón.

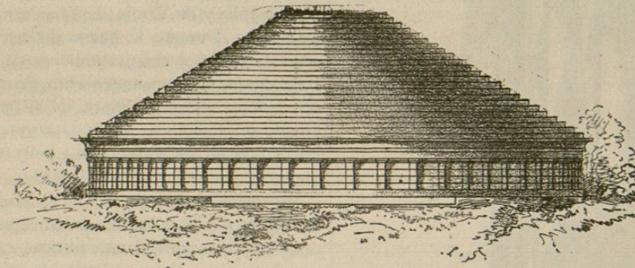
Como los jefes populares habían perecido violentamente, la influencia y la acción pasaron á los jefes militares. Al principio se unieron para consolidar el imperio de Roma, Pompeyo en Oriente, César en Occidente, y debieron al esplendor de sus servicios un lugar aparte en el Estado. Pompeyo no era más que un soldado, de quien la oligarquía nada tenía que temer; en César presintió un político de la familia de los Gracos, uno de aquellos que soñaban una ciudad nueva hecha con las ruinas de la antigua: César era

pués su enemigo mortal, y para derribarlo concedió á Pompeyo, contraviniendo á la constitución, aquella realeza de adorno que bastaba al hombre cuya inteligencia no podía concebir un orden de cosas diferente de aquel que le dispensaba tales y tantos honores.



Sexto Pompeyo (1)

Hacía cerca de un siglo que república significaba asesinatos y proscripciones, guerras civiles y aniquilamiento de fortunas, por donde quiera la inseguridad, en ninguna parte ni para nadie el placer de vivir: he aquí lo que César quería corregir, y como amamos nosotros las ambiciones fecundas tanto como odiamos las estériles ambiciones, estamos con él contra los ineptos que llenaban la curia, hacían las leyes y las violaban diariamente. Después de haber provocado la guerra civil, no habían sabido conducirla. Farsalia los había expulsado de la Grecia: Tapso los expulsaba de Africa, y por el momento, César no veía



Sepulcro de los reyes de Numidia (el Madras'en, orma primitiva) (3)

una excepción del consulado que se le dará para el año 45 sin colega, nombrará la mitad de los cargos curules, determinará las provincias pretorianas y decidirá de la paz y de la guerra; es decir, que el pueblo se despojará en su favor de su poder electivo y el senado del suyo administrativo. En el senado se sentará entre los dos cónsules en una silla curul más elevada y será el que primero dé su opinión, es decir que dirigirá á su voluntad las deliberaciones del cuerpo que casi había concentrado en sus manos todo el poder legislativo, desde las turbaciones.

Celebró cuatro triunfos á muchos días de intervalo: la primera vez fué en conmemoración del vencimiento de los galos; la segunda del de los egipcios; la tercera del de Farnaces; y la cuarta del de Yuba. Ni Farsalia ni Tapso fueron siquiera nombrados, y delante de su carro no se veían más que las imágenes de los reyes y de los generales vencidos,

(1) De una piedra grabada de la galería de Florencia. Lleva el nombre del grabador ΑΓΑΘΟΠΟΥΟΣ ΕΡΟΠΟΙΕΙ. Brunn (*Geschichte des griech. Kunstl.*) pone en duda que esta cabeza pertenezca al segundo hijo de Pompeyo.

(2) César mandó sacar á pública subasta en Zama los bienes del rey Yuba como también los de los ciudadanos romanos establecidos en la Numidia que defendieron su causa; en Utica confiscó también los bienes de los que habían tenido mando en el ejército pompeyano. Tapso pagó cinco millones de sestercios y Adrumeto ocho; Leptis fué condenada á suministrar todos los años 300,000 libras de aceite y Tisdro dió trigo (*Bell. Afric.* 97).

ya en toda la extensión del mundo romano un solo enemigo en armas. Estaba pues ya en libertad y aptitud de iniciar sus reformas. Veamos cuáles fueron para saber si merecía su fortuna.

Después de haber levantado en la provincia doscientos millones de sestercios (2), agregado al Africa, bajo el gobierno del historiador Salustio, la Numidia oriental y reparado el resto de este reino entre Bocco, que obtuvo el país de Setif, y Sitio que mereció por sus servicios Cirta y sus dependencias, volvió César á Roma á fines de julio del 46.

El senado había decretado ya cuarenta días de públicas rogativas por sus victorias: arrastrarán su carro triunfal blancos caballos, como lo eran los de Camilo, el segundo fundador de Roma, y se colocará en el Capitolio, enfrente del altar de Júpiter; se le erigirá una estatua de bronce, con el globo del mundo á sus pies y en él esta inscripción: «César, semidios;» y en el Circo dará él la señal de las carceras. «Para reconstituir la república,» *reipublica constituenda causa*, ejercerá, por espacio de diez años, la dictadura que le dé la iniciativa de las leyes, con el imperio militar ó el mando de los ejércitos en la ciudad y en las provincias; por tres años la censura única con la nueva denominación de prefectura de las costumbres, es decir el derecho de revisar el senado y el orden ecuestre, y por consiguiente el medio de recompensar y castigar.

las de las ciudades tomadas ó de los ríos y del Océano que había pasado.

Entre los cautivos no iba ni un romano, sino Arsinoe, hermana de Cleopatra, el hijo de Yuba y el caudillo galo Vercingetorix, á quien esperaban ya los triunvirios en el *Tullianum* para degollarlo (4). Nada recordaba á Pompeyo; sólo en el cuadro que representaba la fuga del hijo de Mitrídates y del ejército pónico, se leía el famoso *Veni, vidi, vici*, que parecía decir: «Allí me bastó un día para vencer, mientras mi rival necesitó años.»

Ya hubo menos miramientos con los vencidos en Africa

(3) Existen en la Argelia numerosos túmulos: en la provincia de Orán los *Djedars*, tres macizas construcciones que coronan tres contrafuertes del *Djebel-Achdar*; en la provincia de Argel, el *Kebur Rumia* (sepulcro de la cristiana), sepulcro de Yuba II, de Cleopatra, su mujer, y de Tolomeo, el último rey de Mauritania; en la provincia de Constantina, el *Madras'en* ó sepulcro de los reyes de Numidia (*Madras*, patronímico de la familia de Masinisa). Las cenizas del vencido de Tapso fueron probablemente llevadas allí. El basamento tiene 58 m. 68, por 4, 43 de altura; el cono truncado, formado de 24 gradas, se eleva 13 m. 92; 60 columnas sin base, cuyos capiteles recuerdan más bien el estilo egipcio que el orden toscano, rodean este monumento. Las excavaciones de 1873 que pusieron al descubierto la cámara sepulcral, no han dado resultados útiles.

(4) Arsinoe se retiró al templo de Diana en Efeso, donde su hermana la hizo matar después de la batalla de Filipos. Yuba vino á ser un historiador estimable, y Augusto le devolvió parte de los Estados de su padre.

degradados en cierto modo y desposeídos de su título de ciudadanos por su alianza con un jefe bárbaro. Expuso á Catón, á Escipión y á Petreyo atravesándose con sus espadas, y sin duda á su vista se oprimieron muchos corazones; pero esta tristeza se perdió muy luego entre el ruido y esplendor de la fiesta. Ni la multitud se detuvo á pensar en aquellos muertos, cuando á sus deslumbrados ojos pasaron ¡60,000 talentos! (más de 300 millones de francos) en moneda acuñada y 2,822 coronas de oro (1). ¿Qué impor-



Julio César ceñido de laurel (2)

taba al pueblo una indigente y engañosa libertad, cuando el amo le prometía espléndidos festines?

Sólo se oía á los soldados que usando ó abusando de su antiguo derecho, satirizaban al amigo de Nicomedes y de los galos que llevaba detrás de su carro, mas para conducirlos al senado. «Obra bien, gritaban, y serás batido; obra mal y serás rey.» Otros decían: «Maridos, guardad á vuestras mujeres; mirad que traemos al galán calvo.» Dion refiere que para desviar con un acto de humildad la cólera de Némesis, diosa enemiga de las fortunas demasiado grandes, subió César de rodillas las escaleras del Capitolio (3).

(1) Que pesaban en junto 2414 λίτρα; ó libras de 12 onzas, ó sean 26,968 onzas de oro (Apiano, *Bell. civ.* II, 102).

(2) Estatua del museo del Louvre.

(3) Dion, XLIII, 21. Claudio hizo lo mismo después de la conquista de Bretaña (Ibid. LX, 23, y se hace aun por devoción en muchos lugares; lo he visto en Passau y se ve muy á menudo en la *Scala*

En aquella ciudad llena aún del recuerdo de los asesinatos, con que creyera la oligarquía asegurar su poder, y donde vivían los hijos de los proscritos de Mario y de Sila, ni una cabeza cayó, ni siquiera una lágrima; por todas partes rebosaban el placer y la alegría.

Después del triunfo de César todo el pueblo romano se repartió al rededor de veintidós mil mesas de á tres lechos, que se sirvieron como para los grandes. El quio y el falerno corrieron en abundancia y el más pobre pudo aquel día saborear las tan celebradas murenas y lampreas (4). Si lejos de aquellas mesas en que todos se embriagaban, algunos republicanos viejos se mantenían aparte con la vergüenza en la frente y el odio en el corazón, á lo menos debían recordar en presencia de una dominación que comenzaba con fiestas y banquetes que otros habían comenzado con sangre.

Por la noche atravesó la ciudad el triunfador entre cuarenta elefantes que llevaban resplandecientes lustros, y el día siguiente vinieron las distribuciones, repartiéndose á cada ciudadano 105 denarios, 10 modios de trigo y 10 libras de aceite, y condonándose además á todos los pobres una anualidad de alquileres, que sin duda se pagarían del tesoro público; á los legionarios 5,000 denarios por plaza á los centuriones el doble y á los tribunos militares el cuádruplo: los veteranos recibieron tierras.

Los días siguientes continuaron las fiestas en nombre de su hija Julia y de Venus, de quien arrancaba la genealogía de su raza. Durante la guerra de las Galias, había comprado César por sesenta millones de sestercios un vasto solar de que hizo un nuevo Foro sin recuerdos republicanos y lleno sólo de la gloria de su nombre. En él había erigido un templo á *Venus Genitrix*, cuya consagración hizo entonces, y allí colocó una bella imagen de Cleopatra que existía aún dos siglos más tarde.

Espectáculos de todas clases hicieron aceptar al pueblo esta apoteosis de la familia Julia: representaciones escénicas, juegos troyanos, danzas pírricas, carreras á pie y en carros, luchas de atletas, cacerías en que se mataron toros bravos, una jirafa, la primera que se veía en Roma, y hasta cuatrocientos leones; una naumaquia entre galeras de Tiro y de Egipto; una batalla, en fin, entre dos ejércitos, que tenían cada uno quinientos peones, trescientos jinetes y veinte elefantes.

Esta vez quedaron eclipsados los gladiadores: muchos caballeros y el hijo de un pretor bajaron á la arena y hasta algunos senadores quisieron combatir. Preciso fué que César se interpusiera para alejar del senado este indecoro.

De todos los puntos de Italia habían acudido á estos juegos, y tal y tanto era el gentío, que se acampaba en plazas y calles bajo tiendas de campaña, habiendo perecido sofocadas muchas personas y entre ellas algunos senadores. Para preservar del sol á los espectadores en el Anfiteatro se tendió por encima un velarium ó toldo de seda, tela casi desconocida entonces en Roma y que valía más que el oro (5).

En medio de tales fiestas con que el dictador pagaba la

Santa de Letrán). «César, según se asegura, no dejaba nunca de repetir tres veces, cuando iba de viaje, cierta fórmula que debía garantizarlo de todo accidente; precaución que hoy se toma generalmente» (Plin. *Hist. nat.* XXVIII, 4). La incredulidad y las prácticas supersticiosas suelen ir juntas, dualidad del alma que responde á la doble naturaleza que suele llevar el hombre en sí, la duda y la fe.

(4) Contando, según el uso, tres personas por lecho, resultan 198,000 convidados, ó 264,000, si se cuenta á cuatro.

(5) Dion, XLIII, 24. Ponemos en duda por nuestra parte que se hubiera podido entonces reunir en Roma la seda necesaria para tan inmenso toldo.

inauguración de su reinado, no echaba en olvido que tenía que legitimar su poder asegurando el orden. Hasta su consulado había puesto su punto de apoyo en el pueblo y en el orden ecuestre; durante su mando en la Galia y luego en la guerra civil, habíalo puesto en el ejército; ahora quería buscarlo en un gobierno moderado y prudente, que uniera los partidos, olvidara las injurias y provocara la gratitud por medio de una administración hábil y benévola.

Aunque en Africa se hubiera mostrado más severo que en Farsalia, estaba decidido á perseverar en la clemencia.

A solicitud del senado había consentido en llamar al antiguo cónsul Marcelo, y á instancias de Cicerón, á Ligario; había arrojado al fuego los papeles que, encontrados en los campamentos enemigos hubieran podido comprometer á ciertas personas, y no confiscó más bienes que los de los ciudadanos alistados en el ejército del rey númida, lo que tenía por una traición á Roma, y los de los oficiales pompeyanos, y todavía respetó las dotes de las mujeres y parte de las herencias de los hijos. Finalmente, el año 44, procuró borrar con una amnistía general las últimas huellas de la guerra civil.

Pero á pesar de su nombre, ἀμνηστία, que significa olvido, la amnistía no ha hecho nunca olvidar nada, y así, algunas semanas después era asesinado César.

Esta dulzura se aliaba muy bien con la firmeza: creyendo algunos legionarios llegado el tiempo de imponerse, hubieron de reclamar contra las dilapidaciones del triunfo, como si este dinero se les hubiera robado á ellos: César condenó á muerte al más levantisco y se calmaron los demás. Cuando dió tierras á sus veteranos, tuvo buen cuidado de que los lotes ó partijas estuvieran separadas, á fin de prevenir las violencias que una masa de soldados reunidos en un mismo punto, hubieran podido cometer contra sus vecinos, y doblando los haberes de los que permanecían sobre las armas (900 sestercios en lugar de 480; 225 francos en vez de 120) había cedido no á sediciosas reclamaciones, sino á una necesidad que imponía el encarecimiento de toda las mercancías.

Esto en cuanto á los soldados. Por lo que hace al pueblo, trescientos veinte mil ciudadanos vivían en Roma á expensas del Estado, y todos los mendigos de Italia acudían á la capital para participar de las distribuciones. César redujo el número de los partícipes á ciento cincuenta mil, excluyendo de las distribuciones á los que podían pasar sin ellas y ofreciendo á los demás tierras en las provincias, que aceptaron ochenta mil. Al mismo tiempo disminuyó la multitud famélica que llenaba la ciudad, siendo un peligro permanente, y creó en las provincias focos de civilización romana. Era resolver, á la manera antigua, que hasta ahora es la mejor, por colonias, el problema del proletariado, al cual procuran sustraerse hoy Inglaterra y Alemania por la emigración en masa. Pero conservó la *anona*, grande institución benéfica en provecho de los pobres, que á pesar de su origen muy poco romano, representaban á los conquistadores de las provincias frumentarias y habían heredado su derecho á gozar el fruto de sus victorias.

Todos los años debió reemplazar el pretor los muertos inscribiendo nuevos nombres en la lista. Dos ediles (*ediles cereales*), dirigían esta administración, á cuyo frente pondrá Augusto un *praefectus annonae*.

Otra medida tendía al mismo objeto: la disminución del número de los mendigos ociosos. César obligó á los propietarios á ocupar en sus fundos una tercera parte de los trabajadores libres, ley ya sancionada y siempre eludida, porque Roma no había tenido un poder permanente interesado en su ejecución.

La población libre decrecía, y para aumentar su número puso en juego dos poderosos móviles: el interés y la vanidad. Al padre de tres hijos en Roma, de cuatro en Italia y de cinco en las provincias, concedió la exención de ciertas cargas personales; á la matrona que podía gloriarse de su fecundidad el derecho de ir en litera, de vestir de púrpura y de llevar un collar de perlas.

Suprimió todas las asociaciones formadas después de la guerra civil, las cuales servían á los descontentos y á los ambiciosos, bien para tramar sus maquinaciones, bien para ejecutarlas (1): en lo sucesivo no pudo establecerse ninguna sin la venia del gobierno. Una ley restringió acaso el dere-



Venus Genetrix (2)

cho de apelación al pueblo; y se reorganizaron los tribunales á expensas del elemento popular, porque excluyó á los tribunos del tesoro de las judicaturas, que reservó á los senadores y caballeros ¡pero había admitido en estos dos órdenes tantos hombres nuevos! El reglamento relativo á las asociaciones quitaba á los nobles un medio de turbar el Estado; disposiciones más severas se añadieron á las leyes contra los crímenes de lesa majestad y de violencia, y la duración de los gobiernos de provincia se fijó en un año para los pretores y en dos para los procónsules.

(1) Suet. *Jul. Caesar*, 42; Josefo, *Ant. Jud.* XIV, 10. Fué exceptuada la de los judíos en Roma por los servicios prestados por este pueblo en la guerra de Alejandría.

(2) Estatua de la Galería real de Florencia, n.º 265. Muchos museos de Europa poseen *Venus Genetrixes*, cuya actitud es semejante á la que aquí ofrecemos.

Con una ley suxtuaria, tan inútil ciertamente, como todas las que la habían precedido, intentó disminuir el insultante lujo de los ricos, y comenzó la reorganización de la hacienda pública restableciendo en Italia las aduanas para las mercancías extranjeras.

De esta manera la balanza se mantenía en su fiel para todas las clases; ningún orden se elevaba por encima de los otros, y el Estado tenía por fin un jefe que ponía el interés general sobre el interés de un partido.

Pero estas leyes, lo hemos repetido muchas veces, no eran más que paliativos. César no tuvo tiempo para hacer duraderas sus ideas, haciéndoles tomar cuerpo en instituciones. Augusto hará lo mismo que César sin tener la misma excusa; y por culpa de sus dos fundadores, tendrá el imperio innumerables leyes, pero no organización política.

Las turbaciones de los cincuenta últimos años habían aumentado de una manera deplorable la decadencia de la agricultura y la despoblación de los campos; los hombres libres venían de todas partes á buscar fortuna en Roma ó iban á los campos y á las provincias. César prohibió á todo ciudadano de veinte á cuarenta años permanecer más de tres años fuera de Italia, excepto el caso de servicio militar cuya duración disminuyó. En las reparticiones de tierras favoreció á los que tenían numerosa familia: tres hijos daban derecho á los campos más fértiles. Ya hemos visto que prescribió á los herbajeros que tuvieran entre sus pastores la tercera parte de hombres libres, y que expulsó de Roma la mitad de sus pobres. Era el pensamiento de los Gracos; hacer refluir á los campos y multiplicar en la península la raza de los hombres libres.

Los colonos de Sila enajenaron muy pronto sus tierras por un puñado de dinero, muy luego disipado, y aquella soldadesca arruinada se había vendido fácilmente á los facciosos. Para hacer imposible un nuevo Catilina, César prohibió á sus veteranos la enajenación de sus partijas, hasta pasados veinte años de posesión (1).

Existía una causa de perpetuos desórdenes en el desorden del calendario establecido sobre el año lunar de 355 días con el año solar que tiene 365. Los grandes habían encontrado en esto un comodín para adelantar ó atrasar á su voluntad las elecciones y los plazos de los vencimientos de los arriendos públicos. Antiguamente el colegio de los pontífices mantenía la conformidad entre los años lunar y solar añadiendo al primero días intercalares; pero las turbaciones del último siglo de la república habían traído el desorden tanto en las cosas de la tierra como en las del cielo: los pontífices hubieron de descuidarse y dejaron de tener la precaución necesaria, y el año legal, retrasado más de dos meses (67 días), respecto del normal, comenzaba entonces en octubre; de modo que las fiestas de las mieses no caían ya en el estío, ni las de la vendimia en el otoño.

César encargó al astrónomo de Alejandría, Sosígenes, que pusiera el calendario de acuerdo con el curso del sol. Fué preciso dar al año 45, que se llamó «el último año de la confusión», 445 días, es decir los 67 del retraso y los 23 del mes intercalar ordinario (2).

Catón hubiera podido decir, y los que quedaban del par-

(1) Apiano, *Bell. civ.* III, 2. Casio levantó muy luego esta prohibición (Ibid. III, 7).

(2) Suetonio, *Jul. Cesar*, 40. Constando el año juliano de 365 días y 6 horas, estableció el astrónomo Sosígenes que el año común sería tres veces seguidas de 365 días y la cuarta de 366. Este año juliano tenía de más 11 minutos y 12 segundos, error que se corrigió en 1582 por el calendario gregoriano. Los rusos y todos los pueblos del rito griego se sirven aún del calendario juliano, y en este momento llevan un retraso de 12 días, respecto de nosotros.

tido oligárquico decían, en efecto, que todas estas cosas excelentes de suyo, venían á ser detestables, siendo realizadas por un hombre, no por la república. Pero la república había demorado durante un siglo estas reformas y no las había hecho.

II. — GUERRA DE ESPAÑA; MUNDA (45). — VUELTA DE CÉSAR Á ROMA.

Las noticias que llegaban de diferentes puntos del imperio interrumpían este fecundo trabajo. Los lazos del patronato, debilitados en Roma, conservaban su poder en las provincias, donde los grandes, á quienes los azares de la política y de la guerra habían hecho patronos de ciertos pueblos, encontraban en ellos apoyo para sus empresas. El senado había fortalecido en todas partes la influencia de la aristocracia provincial; pero esta aristocracia era menos afectada á la fortuna de Roma que á la del prócónsul que había tenido el cargo de organizar la provincia. Los jefes de las ciudades seguían el partido de los que les habían dado el poder, pensando que el partido contrario no dejaría de quitárselo. Eran pues intereses, y no ideas, los que decidían á qué lado convenía inclinarse. Que en Roma se tratara de república, de monarquía, de libertad ó servidumbre, como decían los oligarcas, importaba poco. La Galia era cesarista porque César había distribuido allí los cargos y los favores; por la misma razón eran pompeyanas Siria y España. Habían estado en la clientela del padre y permanecían en la de los hijos; de suerte que bastaba la menor torpeza en los tenientes de César para que la facción tantas veces vencida levantara la cabeza en aquellas apartadas regiones.

En Siria, el pompeyano Cecilio Baso había expulsado al gobernador nombrado por César y se mantenía independiente: en Galia un movimiento de los belovacos había sido fácilmente reprimido por Décimo Bruto; pero España estaba ardiendo. Durante la guerra de Alejandría, el teniente de César en la Ulterior, Q. Casio Longino, había enardecido de tal modo los ánimos con su dureza y sus exacciones que por poco no le cuesta la vida en Sevilla, y hasta hubieron de amotinarse dos de sus legiones, compuestas de antiguos soldados pompeyanos de Afranio, y hubiera estallado una guerra civil sin la intervención del gobernador de la Citerior.

Estos acontecimientos tuvieron enojosas consecuencias. Aunque los rebeldes volvieron á su deber, no dejaban de temer un severo castigo, y creyeron que el mejor medio de evitarlo era faltar segunda vez al juramento militar, cambiando de partido en cuanto se presentara la ocasión.

Con esto, cuando los restos de Farsalia se reunieron en Africa, los descontentos de España tuvieron con Catón secretas confidencias y para seguir más de cerca estas negociaciones, el hijo mayor de Pompeyo, Cneo, se apoderó de las Baleares. Después de la derrota de Tapso, desembarcó en la península, adonde llegaron luego su hermano Sexto, Labieno y Varo. En poco tiempo tuvo allí trece legiones y batió con ellas á todos los que intentaron oponerse á sus proyectos.

En Farsalia se habían reunido los grandes con Pompeyo para derribar á César, con el designio secreto de obligarlo después á contar con ellos; en Africa habían luchado por sí mismos; y á fin de estar seguros de que los hijos del nuevo Agamenón no recogieran los frutos de su perseverancia, habían alejado al uno y dado al otro un papel oscuro. Pero en España sólo el nombre de Pompeyo había reunido un ejército, y la consigna ó seña no era ya *Roma ó Libertad*,

sino *Piedad filia*; había sido menester nombrar general á Cneo, y será preciso reconocerlo por jefe, después de la victoria; y jefe duro, implacable, amenazando siempre con la espada.

Así pues eran muchos los que decían que no había ya más que elegir entre dos tiranías, una suave, otra violenta. Al partir de Roma, á fines de setiembre del 46, llevaba César consigo los votos de sus antiguos adversarios (1).

Las legiones pompeyanas se habían formado de licenciados de Afranio después del desastre de Lérida, de amotinados de Longino, de restos del ejército africano, de esclavos emancipados y de aventureros de todos los países, que á favor del estado de guerra podían satisfacer sus instintos de pillaje y sangre. De estas trece legiones sólo cuatro merecían algún respeto, gracias á los veteranos que suministraban cuadros sólidos. Estas tropas, mal aguerriadas y peor disciplinadas, eran capaces de recibir bien al enemigo un día de batalla, pero no lo eran de hacer una campaña en regla. Así, Cneo Pompeyo no se atrevió á conducirlas á la Citerior para disputar á César los puertos de los Pirineos; ni siquiera defendió los pasos difíciles que conducen al valle del Guadalquivir (*Batis*) y dejó á los cesaristas llegar en veintitrés días cerca de Ulia, que él sitiaba y de Córdoba de que había hecho su plaza de armas.

Este país era muy distinto por su naturaleza del país en que se hizo la última campaña; mas por razones diversas era muy difícil poder dar en él rápidamente un golpe decisivo, forzando al enemigo á recibir la batalla, aún cuando no quisiera él aceptarla. Montuoso y fértil, permitía tomar posiciones inexpugnables y por donde quiera se encontraban víveres y agua.

Muchos meses se pasaron en escaramuzas y sitios de ciudades (2). La crueldad de Cneo y la impaciencia del dictador al verse detenido por aquellos pompeyanos dos veces ya derrotados, hubieron de dar á esta guerra un carácter de ferocidad que no había tenido aun la lucha: Cneo hacía degollar á todos los sospechosos y César estaba á las represalias.

La acción decisiva se empeñó, en fin, el 17 de marzo del 45 bajo los muros de Munda. Los *Comentarios* distan mucho de mostrar aquella lasitud de los legionarios que, según antiguos escritores, hubo de obligar á César á lanzarse con la cabeza descubierta al frente del enemigo, gritando á sus veteranos dispuestos á huir: «¿Queréis entregar vuestro general á unos niños?» César sólo perdió en esta jornada mil hombres, mientras mordieron el polvo treinta mil pompeyanos y entre ellos Labieno y Varo. Las águilas de las trece legiones cayeron en manos de César.

Cneo pudo llegar á Carteya, de donde muy luego tuvo que salir huyendo. Herido en el hombro y en la pierna é impedido de marchar, iba de montaña en montaña conducido en una litera; hasta que un día, sin fuerzas para continuar, se ocultó en una caverna, donde, vendido por los

(1) Véase la carta de Casio á Cicerón (*ad Fam.* XV, 19) y la de Cicerón á Atico (XII, 37) donde se encuentran estas palabras: «Dícese que Sexto huye de Córdoba á la Citerior; Cneo también ha huido, pero no sé adónde, ni me importa saberlo.» Durante esta campaña escribió á César habiéndole de sus inmortales hazañas, *immortalitati laudem tuarum* (*ad Fam.* XIII, 15 y 16). Verdad es que algunos días después, departiendo con Atico, se expresaba en términos muy distintos, pues creía hasta vergonzoso que se dejara vivir á César: *cum vivere ipsum turpe sit nobis* (*ad Att.* XIII, 28).

(2) César forzó á Pompeyo á abandonar el sitio de Ulia amenazando la plaza fuerte de Ategua, que tomó, y se dirigió á Hispalis. Se apoderó también de Ventisonte y habría tomado á Carruca, si Pompeyo no hubiera incendiado esta ciudad. De aquí continuó su marcha hacia Munda, donde al fin pudo dar la batalla.

suyos, fué degollado. Su hermano, que no había asistido á la batalla, logró encontrar asilo en los Pirineos, donde permaneció hasta la muerte de César. Ya lo veremos levantar por algún tiempo el nombre de su casa (3).

Escápula, uno de los principales jefes pompeyanos, se había refugiado en Córdoba. Esta vez no podía contar con la clemencia de César; los que habían ordenado tantas muertes debían perecer. Escápula lo sabía, y recordando á Catón, imitó su triste fin; pero murió como epicúreo. «Hizo preparar una hoguera; después dispuso un espléndido festín, distribuyó entre sus esclavos todo lo que poseía, y vestido con sus más ricas galas, perfumado de nardo y de resina, se puso á cenar alegremente. A la última copa, se



Moneda de Ulia (4)



Moneda de Ulia (reverso)

hizo matar por uno de los suyos, mientras el más querido de sus libertos daba fuego á la hoguera» (5).

Aquellos libertinos sanguinarios, acostumbrados como estaban á satisfacer todas sus pasiones, no tenían ya qué hacer en el mundo, cuando llegaba la adversidad, y se iban de él aceptando, según el consejo del maestro, un mal menor, el aniquilamiento, por evitar un mal mayor, la miseria.

De todos los personajes que el año 49 se sentaban, llenos de esperanzas y amagos, en el senado republicano de Tesalónica, quedaban muy pocos ya, y todos los que habían sobrevivido á tantos combates invocaban la clemencia de César. «Así terminó en un río de sangre, dice un escritor inglés, la guerra civil que los senadores emprendieron contra César, para sustraerse á las reformas con que les amenazaba su segundo consulado. Estos hombres habían, sin embargo, servido á su país haciendo para siempre imposible aquella constitución republicana en que las elecciones no eran sino una burla, los tribunales un ultraje á la justicia y las provincias una granja para engordar á la codiciosa é insaciable aristocracia».

En Roma el entusiasmo oficial estalló de nuevo á la noticia de la victoria, y el senado decretó cincuenta días de rogativas y reconoció á César el derecho de ampliar el pomerio, puesto que había ampliado los límites del imperio romano. Unos decretos grabados con letras de oro en láminas de plata y depositadas á los pies de Júpiter en el Capitolio, decían:

«El dictador conservará en todo tiempo y lugar el aparato triunfal y la corona de laurel; se llamará *Padre de la*

(3) Esta fué la última batalla de César, que según Nicolás de Damasco, dió trescientos combates, añadiendo, lo que no es del todo exacto, que no fué vencido ninguna vez.

(4) Cabeza descubierta; delante una palma; debajo una media luna. En el reverso VLIA, en medio de una rama de olivo. Moneda de bronce.

(5) *Bell. Hisp.* 33. Este libro no está por desgracia terminado. El último acto que de esta guerra refiere es la toma de las dos ciudades de Munda y de Ursao. De la primera sólo queda el nombre; de la segunda, colonizada por César, apenas quedan algunas ruinas. Pero de estas ruinas acaba de salir el más precioso de los monumentos epigráficos, los *bronces de Osuna*, que contienen una parte de la constitución municipal de la ciudad.